

método objetivo, daba color al libro de lectura, encendía la aritmética y se reflejaba en el rostro de los alumnos. Vióse Emilio obligado á reconocer que aquella famosa teoría del *yo* interno y del *yo* externo era de realización muy difícil y hasta casi imposible cuando el espíritu se hallaba agitado por alguna pasión viva, aunque estuviese muy lejos—como él creía la suya—del amor, y más próxima á la amistad que á otro cariño. Las primeras travesuras de los escolares le producían el mismo efecto que otras veces; indignábase al pronto y de veras, como siempre; pero muy luego asomaban á su pensamiento aquella ventana, aquel rostro, la rápida conversación que dentro de una hora oiría de aquella boca monísima, y en lugar de reprensiones duras y de amenazas, brotaba de sus labios la fórmula débil de sus primeros meses de escuela:—«Pase por esta vez; pero que no vuelva á sucederte.»

Entre tanto, iba adquiriendo cada día mayor familiaridad con la maestra, que solamente con él podía hablar de sus asuntos. La joven le contó con entusiasmo las pruebas del cariño que empezaban á manifestarle algunas de sus discipulas. Tenía una aldeanita que le llevaba siempre ramitos de «estrellas de montaña»; una rapazuela que cuando la maestra se hallaba cerca de su banco, se agarraba á ella tan cariñosamente, implorando una caricia con unos ojos tan dulces, que la joven no podía contenerse y la acariciaba, y cuando para hacer alguna corrección en su cuaderno le pasaba, al bajarse, el brazo por el cuello, resplandecía de contenta. La maestra había echado de ver muchas veces el prodigioso efecto que producían las caricias en las muchachas campesinas, cariñosas naturalmente, pero hijas de padres duros, y que no habían recibido nunca un beso, ni casi sabían lo que era. La misma maestra había asistido á una que había muerto en un hospicio y que para tomar una medicina, para dejarse hacer una operación dolorosa, y hasta para dormir, pedía que primeramente le diesen un beso; y hasta en sus últimos días decía siempre, con un hilo de voz:—«Un besito, un besito», á la hermana, al médico, á cualquiera que se

acercaba. La pequeñuela del ramo de flores le recordaba aquella pobre criatura. Otra de las mejores, con carácter verdaderamente bueno y agradable, era la hija del carnicero, que siendo muy pequeñita aún, como lo era, y tratada siempre como una duquesita por sus padres, que eran pudientes y gastaban con ella la mitad de sus ganancias, manifestaba ya un exquisito sentimiento de delicadeza para no humillar con lo fastuoso de sus vestiditos á sus compañeras, á las cuales solía hacer, á escondidas, muchos regalos; todas la querían mucho.

Emilio preguntó á la vecina cómo andaba la protegida de la madre del pretor. La joven arrugó el entrecejo. Preguntó tímidamente el maestro qué había sucedido; le parecía que, aún dos días antes, había ido ella á visitar á esa señora. La maestra vaciló un momento; después dijo con seriedad:

—No volveré á su casa.

Al parecer no quería decir más; pero temiendo que aquellas pocas palabras pudieran hacer que se pensase algo peor de lo acontecido, dijo por completo la verdad. La madre del pretor era una excelente señora; pero... no habiendo en su casa más que ella y su hijo, ella abandonaba el saloncillo muy á menudo. Una muchacha sola no podía visitar á una señora que amaba á su hijo... hasta ese extremo. El maestro comprendió, y se sintió molestado en el alma.

—¡Pero—dijo la maestra suspirando,—está escrito que en ninguna parte se puede vivir sin chocar con alguno! Ahora esa familia no me quiere bien.

Esto evocó en su memoria el recuerdo de otro disgusto que había tenido aquel día, sin culpa suya. Habiendo ido al correo á preguntar por una carta que esperaba hacía ya tres días, la empleada, con quien ella hablaba entonces por primera vez, le había respondido con tal desabrimiento, que la pobre joven se había quedado sin saber qué decir, sofocada á un tiempo mismo por la indignación y por el asombro.

—¿Puede usted figurarse el por qué?—preguntó al maestro.

El joven no se lo figuraba. Pero sintió la ofensa como si hubiese sido inferida á él mismo, y

tentado de aconsejar á su compañera que se quejara al alcalde; reservóse, no obstante, el consejo y habló del hecho al secretario del Ayuntamiento, por si éste acertaba á explicar lo ocurrido. El pobre secretario intentó fingir que se maravillaba; pero no supo disimular y acabó por revelar el secreto, tapándose la boca con la mano para hacer que Emilio le ofreciese el silencio. La señorita Allari, que era la empleada, aunque había doblado, ya hacía tiempo, el cabo de los treinta años, deseaba casarse con el pretor, de quien estaba tan enamorada, que el servicio de correos andaba como Dios quería. Pero la señora madre, que picaba más alto, mucho más alto, y que aspiraba para su hijo á algo más que á una «revendedora de sellos de franqueo», la había plantado resueltamente en la calle. Por eso las atenciones y los agasajos de aquella señora con la maestra nueva debían de haber sido para la empleada un botafuego.

—Aconseje usted á la maestra—le dijo muy quedo,— que ande precavida.

De esta suerte iban manifestándose de varias partes enemistades contra la recién venida, y esto acrecentaba las simpatías de Emilio, que, sin atreverse á confesárselo á sí mismo, acariciaba la esperanza algo «egoística» de que, á medida que esas enemistades aumentaran, se acercaría más la maestra á él, que era su confidente único, y de que nacería de aquella intimidad un sentimiento más vivo que el del cariño amistoso. Cierta noche fué el joven á casa de la maestra para llevarle una colección de periódicos profesionales que le había prestado su amigo el abogado, y la vista de aquel pobre viejo, casi paralítico, que lo miraba con ojos espantados, balbuceando palabras casi ininteligibles, y el pensamiento de los servicios penosos y continuos que necesariamente había de prestarle su hija, sin otra ayuda que la de una asistenta como de quince años, que estaba con ella algunas horas al día, aumentaron las simpatías del maestro, con un sentimiento grande de compasión profunda. Volvió muchas veces. Pero prefería siempre aquellas breves conversaciones á la intemperie en el terradillo, porque se hallaba en libertad más completa. En éstas

había principiado Emilio á salir de los temas habituales de la escuela y del pueblo. Hizo entonces un descubrimiento singular en el carácter de la joven. Siempre que Emilio aludía, no á sus sentimientos hacia ella, sino, así, de una manera vaga, al amor ó á cualquier asunto que pudiera conducir directamente á esa conversación, pasaba por el rostro de la joven una expresión fugitiva y rápida como iluminación instantánea, como vivísimo relámpago, en sus ojos, con que parecía como si dijese:—¡Ah, sí, lo sé! También hay de eso por el mundo. ¡Ninguno lo sentirá más que yo!—Y en seguida cambiaba repentinamente de conversación y recobraba su aspecto habitual, como si al cambiar de conversación hubiese cambiado también juntamente sus pensamientos, olvidándolos por completo. Parecía que la idea del amor iluminaba su mente, como la idea de otro mundo, de una existencia maravillosa y remota, acerca de la que no era conveniente hablar mucho para no viajar con la fantasía fuera de lo razonable y de lo verdadero. Así, en ninguna de sus conversaciones sobre sentimientos se apartaba nunca de la realidad de las cosas presentes, y aún en éstas, del concepto de alguna acción útil para hacer que triunfara su sentimiento en el mundo. De su cariño y su compasión á la infancia surgía continuamente y pronta la idea del remedio de los males, del castigo de los culpables, de la lucha necesaria para imponer el bien. Todas esas conmociones eran rápidas, como el escape de un resorte; un sollozo, una lágrima, un movimiento de desprecio, y después, inmediatamente después, una idea, un propósito, una resolución. Lanzaba á menudo máximas absolutas:—Es preciso hacer esto; no se debe hacer esto otro. Y se comprendía que aquéllos eran en su alma principios arraigados, inconcusos. El movimiento que de ordinario adoptaba al excitarse un poco, de apretar su puño sonrosado y dar con él golpecillos nerviosos en la palma de la otra mano, como sobre una maquinilla de sellar, era la expresión perfecta de su índole, buena y cariñosa, pero muy fuerte, de una fibra de hierro, que ningún poder lograría doblegar si la razón y su conciencia la sostenían. Esta joven solía evocar en

Emilio el recuerdo de su prima; pero parecíale que Faustina era más lógica y más animosa en su misma bondad; que su vecina, por ejemplo, no hubiera firmado, como aquélla, la promesa de ausentarse del pueblo al sujeto que se hizo pasar por inspector; parecíale que la joven tenía menos imaginación, pero más entendimiento; menos pasión por las cosas pequeñas, pero más entusiasmo por las grandes, y cariños más duraderos y más profundos. Encontrábala también más hermosa, aunque no era mucha la diferencia. Emilio no llamaba ya «amistad» al sentimiento que le inspiraba la maestra, porque había llegado á los indicios en que ya no es posible equivocarse: al monólogo que surge en variados sonidos, al apóstrofe cariñoso dirigido á un fantasma, en el silencio de la estancia propia, de noche; señales todas que son como las chispas que denuncian el fuego interior y presagian que, una vez prendido, saldrán pronto las lenguas de sus llamas.

CELOS

Un hecho inesperado llegó á turbar á Ratti. Al anochechar de cierto día vió al alcalde salir de la casa de su vecina. En la mañana siguiente levantóse Emilio media hora antes para esperar que la maestra apareciese, y no bien la vió en la ventana, preguntó sobre el caso; la joven habló de la visita con absoluta indiferencia, asegurando, no obstante, que la había sorprendido aquella deferencia: el alcalde había ido á enterarse de la salud del padre anciano, cuyas dolencias se habían agravado de pronto—así lo manifestó el alcalde,—según le habían dicho, lo cual afortunadamente no era cierto. Con esto la maestra cortó la conversación. Pero pocos días después ocurrió algo peor; á la salida de las clases de la tarde la maestra saludó á Emilio muy disgustada, y le dijo que había sido llamada á la casa-ayuntamiento. Ratti pensó con alguna inquietud que á tales horas no se hallaba allí el secretario. Espió después, desde la ventana que daba á la calle, la vuelta de la joven, y al verla, fingiendo que necesitaba salir, bajó la escalera, donde la encontró y la preguntó qué había ocurrido; la obscuridad del sitio escondía la ansiedad retratada en su rostro. —¡Bah! una cosa insignificante—contestó la maestra en són de broma: el alcalde deseaba ponerse de acuerdo con ella relativamente á los padres de algunas alumnas que no asistían á la escuela, antes de imponerles la multa. Pero á los tres días, cate usted una visita del alcalde, solo, á todas las clases, y, por con-

siguiente, también á la de la maestra. Ya no cabía duda; la autoridad comenzaba á inflamarse; otra vez el joven preguntó á su vecina en el terradillo. Pero esta vez la maestra sonrió de un modo que hacía sospechar en el alcalde conatos de declaración.—«Hace algunas visitas, dijo... un montón de palabras que á nada conducen... Parece que el buen señor tiene mucho tiempo de sobra para perderlo.»

—¡Quién sabe!—respondió el joven con cierta amargura.—Es tan loco, tan necio, que tal vez espere que no será perdido.

La maestra le lanzó una mirada, y frunciendo el entrecejo, le dijo:

—Conmigo esas esperanzas pueden durar muy poco.

Quedóse frío Emilio como si aquellas palabras se hubiesen dicho también por él. No volvió á decir nada del alcalde.

Pero á la semana siguiente, vuelta á llamarla á las casas consistoriales; la maestra mismo se lo dijo, muy secamente, al encontrarle en la calle cuando ella acudía al Municipio. Esta vez no consiguió hablarla á su vuelta. Asomóse á la siguiente mañana al terradillo; la maestra no apareció. Entonces fué á colocarse, diez minutos antes de la entrada, en la puerta de la escuela, y á la hora en punto la vió venir con aspecto tan agitado y tembloroso, que sólo se atrevió á saludarla. Algo muy grave había sucedido. ¿Una declaración brutal, á boca de jarro? ¿Una tentativa de violencia? Tenía el alma sobresaltada. Volvió á esperarla por la tarde en el terradillo. Allí estuvo la joven, si bien muy poco tiempo, más tranquila, pero pálida todavía.

—¿Qué le ha sucedido á usted?—le preguntó con ansiedad el maestro.—Usted ha tenido un gran disgusto. ¿Qué le ha ocurrido con el alcalde?

La maestra respondió con firmeza:

—Nada. No vale la pena de hablar de ello.

Ratti insistió:

—Ruego á usted que no insista—le dijo la joven.

Comenzó á hablar de lo que ordinariamente habla; pero pensativa, preocupada, mirando frecuentemente hacia el otro lado del patio, en que había una es-

pesura de pinos que hermozeaba la vista del fondo de aquel valle.

En esa actitud perseveró varios días, no permitiendo á Emilio, devorado por el deseo de saber, ni aún que volviese á indicar nada de aquello.

Pero una mañana en que la maestra se disponía á dejarle más pronto que de costumbre y se despedía ya, echando una mirada al lado allá del patio, surgió en el ánimo de Emilio una sospecha.

—¿Se retira usted antes—le preguntó,—para que no la vean hablar conmigo? ¿Se ha dicho, acaso, algo acerca de nosotros en el pueblo?

Y al pronunciar aquel «nosotros», experimentó un deleite inefable, como si aquella dicción uniese á las personas, lo mismo que enlazaba las ideas.

La maestra sonrió con altanería, y respondió:

—Si así fuese, yo permanecería aquí, por lo mismo. Pero es necesario que entre.

Para demostrarle su sinceridad, le saludó con una mirada más afectuosa que otras veces. Mas apenas hubo entrado la maestra en su casa, Emilio, dirigiendo sus miradas hacia donde había mirado la joven, alcanzó á vislumbrar que entre los troncos de los pinos desaparecía el capotillo del ordenanza municipal. ¡Se les espiaba! Ratti quedó pensativo. Entonces cayó por primera vez en la cuenta de que aquellas conversaciones en el terradillo, vistas desde fuera, podían asemejarse mucho á coloquios amorosos. Acaso les espiaban hacia ya mucho tiempo. ¿Por cuenta de quién, sino por la del alcalde? Y como iluminado por luz repentina, vió la escena ocurrida en la sala del Ayuntamiento la semana anterior; una declaración grosera, una negativa desdeñosa; él la había acometido brutalmente; ella le había sacudido una bofetada, y entonces el orgullo ofendido había estallado.—¡Usted es la amante del maestro!—A tal pensamiento sintió el joven que ardía la cólera en su pecho, y vió á Carlos Lérica, con los ojos fuera de la cara, corriendo á la casa consistorial para llamar al alcalde calumniador y embustero... ¿Y después? ¡Locura! La maestra, antes que defendida, desacreditada; él despedido, lanzado del pueblo, no la vería más. ¿Y, si se equivocaba? ¿Si

realmente él no tuviese relación con nada de lo ocurrido?

Pero no permaneció mucho tiempo en esta duda. Saliendo en la mañana del día siguiente vió al alcalde en la puerta de la botica, y cuando se halló á tres pasos de él, levantó la mano para saludarle. El alcalde le volvió la espalda.

Estaba, pues, declarada la guerra.

LA PRIMERA BOMBA

En la semana siguiente estalló la primera bomba. Entró una mañana el ordenanza del Ayuntamiento en la escuela de la señorita Galli, y quitándose el sombrero como de mala gana, le presentó copia de una determinación del Municipio, en virtud de la cual se la trasladaba, desde el año académico próximo, á la sección de las «Casas rojas». La maestra leyó; sus alumnas vieron que palidecía. Salió de la escuela arrugando el papel entre sus manos; la indignación la ahogaba. Era un abuso de autoridad inaudito, contra el que debía protestar en el acto, para que no pudiera suponerse que había existido en su ánimo la más ligera incertidumbre. Ella había contratado con el Ayuntamiento dar clase en la cabeza del Municipio, y no en una sección; explicar la clase segunda de niñas, no una clase mixta. Llevar á su padre á que viviese en aquel caserío, apartado de la botica y del médico, le sería imposible, y, de todos modos, aquella traslación inmotivada parecería un castigo, y era un descrédito para ella. Apresuradamente, y con despecho, escribió esas razones en forma de protesta al Ayuntamiento, y esperó la contestación. La contestación no llegaba. Intentó ver al delegado de escuelas; pero éste padecía un ataque de gota y no recibía á nadie. Dirigió entonces una instancia al Consejo de Instrucción pública de la provincia, y lo remitió certificado. El recurso se cruzó con una carta del Provisor, que la

llamaba á Turín, fijando el día y la hora de la audiencia. Angustiada, no tanto por el temor como por la incertidumbre, dejó á su padre al cuidado de una vecina de su casa y partió para Turín una mañana, antes de amanecer, con una gran nevada, viajando primeramente en un carrito, después en diligencia, y, por último, en ferrocarril. Llega á Turín; se presenta al Provisor.—¿Qué pasaba? ¿Qué la querían?... El alcalde se le había adelantado con un oficio en que se daba cuenta de la traslación por «razones de moralidad»; ella y el maestro, que vivían tabique por medio, decía el oficio, mantenían unas relaciones que eran piedra de escándalo en el pueblo. En vez de una disculpa, vino á los labios de la joven una acusación, y estuvo para lanzarla en palabras muy enérgicas; pero se contuvo. ¿Para qué? El alcalde negaría la acusación, que llegaba demasiado tarde, y el pensamiento sólo de que su queja pudiera parecer una contestación preparada con astucia, la espantaba. Limitóse, pues, á defenderse con la voz clara y la frente erguida. Era una calumnia indigna. El maestro y ella se hablaban. ¿Qué más podía decirse sobre esto? ¿Cómo podía eso ser un escándalo? ¿Por qué había dado crédito á la primera denuncia? ¿Por qué no habían tomado informes de otros, antes de llamarla?... Hizole observar el Provisor, con mucho miramiento, leyendo el oficio del alcalde, que el maestro la había visitado en su casa. —Pero—gritó indignada la joven;—¡allí está mi padre! el mismo alcalde me ha visitado. El Provisor la miró: parecía algo conmovido, y tuvo la delicadeza de no hablarla de cierto párrafo de la carta en el que decía el alcalde que solamente había ido una vez á casa de la maestra para cerciorarse de que el padre se hallaba en un estado tal, que no podía ser considerado como «testigo embarazoso».—Doy crédito á las palabras de usted, dijo el Provisor, después de un minuto de silencio, y la despidió con buenos modos, recomendando que fuera prudente y tuviese paciencia. La joven salió inmediatamente de Turín y tornó, al obscurecer, muy nerviosa, al pueblo, donde circulaban ya mil comentarios sobre su traslación, sobre su viaje á Turín, sobre sus relaciones con el maestro... Espe-

rabase la resolución del Consejo de Instrucción pública. Pasaron diez días de expectación ansiosa para una y otra parte, durante los cuales se dijo que había llegado al pueblo un personaje misterioso en busca de informes; pero no fué visto ni por el maestro, ni por la maestra, ni por el alcalde. Por último, llegó un decreto del Consejo de Instrucción pública que ordenaba dejar sin efecto la resolución del traslado, y así lo hizo el Ayuntamiento. Pero el alcalde se cegó. Transcurrida una semana, la maestra recibió la noticia de que le habían quitado su plaza.

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA
Sra. Felicita Lozano
PROFESORA DE CANTO.

¡DESPEDIDA!

Era aquel un despropósito peor que el primero, porque sin fundarlo en razones nuevas, se imponía nuevo y mayor castigo á una profesora declarada ya no merecedora de un castigo menor. La maestra, más tranquila en esta ocasión, recorrió otra vez al Consejo provincial de Instrucción pública, solicitando que fuese anulada aquella medida; entre tanto, prosiguió asistiendo á su clase. Pero las cosas habían cambiado; la enemistad del alcalde comenzaba á producir sus efectos. Algunos padres que ya enviaban de muy mala gana sus hijas á la escuela, seguros ahora de que el alcalde no los denunciaría al pretor por una infracción que podía parecer desprecio hacia su enemiga, dejaron á sus hijas en casa. Harto vió la maestra en las caras de las demás alumnas, y en su aspecto, un reflejo de las conversaciones, claras ó veladas, que acerca de ella oían las niñas á sus familias: sonrisas maliciosas en los labios de las mayores, y claramente malévolas en los de las malas discípulas; y en la mirada de las buenas que la querían una vaga compasión, cierta inquieta curiosidad como si esperaran que de un momento á otro dijese algo para desahogar, en presencia de todas, el dolor y la indignación.

La joven se sentía con fuerzas para luchar sin temor, contra la autoridad; pero aquel cambio verificado en sus discípulas, que parecía como si estuviesen sentadas ante ella para juzgarla, y en las cuales adivinaba siempre un pensamiento ajeno á la escuela y directa-

mente relacionado con su persona, le producía un dolor inexplicable, que turbaba también hasta el manantial de su valor. Este disgusto hubo de aumentarse todavía. Como diez días después de haber sido despedida, cesó de asistir á la escuela la niña que solía llevarle ramitos de flores silvestres. Era hija de un colono del alcalde, y por esa razón la joven no se atrevió á visitar á los padres para preguntar el motivo; pero siempre que veía desocupado aquel puesto, oprimiábase el corazón como si la niña hubiese muerto, y cuando anotaba sus faltas, apresurábanse las malas á decirle:—La hemos visto; no está enferma. Una sola discípula la animaba con un aumento de cariño y de muestras de respeto; la hija del carnicero, el cual, sin embargo, apenas la saludaba por la calle; al entrar en clase sorprendíala algunas veces, perorando en medio de un grupo de niñas, con el semblante encendido, y comprendía que estaba defendiéndola. Pero los bancos iban desocupándose de día en día. El 13 de Enero, día de su Santo, aquel día en el que en todas partes había recibido algunas demostraciones agradables, solamente tres, entre las cuales estaba la hija del carnicero, le llevaron un ramo de flores; aquel día sólo había en la escuela catorce niñas. En esta ocasión no pudo ocultar su tristeza al maestro. Estuvo en el terradillo un momento, y le dijo con inmensa amargura:

—Me han cambiado mis discípulas. Me abandonan... Ya no me quieren.

En aquella misma noche, no pudiendo ya contenerse, decidió Emilio desahogarse con el secretario, el cual hacía ya algún tiempo que le irritaba con su rostro, más asustado que de ordinario, y con el obstinado silencio que sobre el asunto de la señorita Galli guardaba. Pero el secretario se le anticipó con una súplica. Algo titubeó, antes de soltar lo que tenía preparado; después, balbuciendo un millón de excusas, hizo saber á Emilio que había resuelto variar las horas de las comidas con motivo de la oficina; que necesitaba también someterse á un régimen especial, á causa de una dolencia crónica, y que, en consecuen-

cia, no tenía más remedio que renunciar á comer en su compañía.

En seguida adivinó Ratti la razón verdadera, que no era otra que su miedo al alcalde; aquella villanía le indignó.

—Déjese usted de historias—exclamó levantándose de la mesa.—Dígame usted con claridad que tiene miedo de comprometerse. ¿Necesita usted tanto valor para eso?

Pero el secretario protestó ruborizándose, y haciéndole señas para que hablase más bajo: no era cierto; él no era capaz de una debilidad semejante; había dicho la verdad pura... el maestro podía informarse del médico... enterarse de las nuevas horas de oficina en el Ayuntamiento.

—Dígame usted, al menos—le gritó Emilio,—que reconoce que esta campaña emprendida contra la señorita Galli es una bribonada, fundada sobre una soez calumnia, y que ha nacido en alguna ruindad miserable de su jefe.

El secretario hizo ademán de taponarle la boca, todo asustado, y corrió á cerrar la puerta de la cocina.

—Confiese usted, al menos—volvió á decir Ratti, que está convencido de la calumnia; porque usted sabe perfectamente que es calumnia.

—Pero ¡bendito sea Dios!—le respondió el hombre cada vez más consternado.—¿Qué quiere usted que confiese yo, que no tengo culpa ninguna, ni sé nada? Usted sabe que el secretario es criado de los criados; el último mono del Municipio. ¿Qué quiere usted que me hayan dicho?

—Pero al cabo—replicó el maestro,—usted se convierte en encubridor y cómplice; usted no es el secretario, sino un rufián del alcalde.

—¿Pero qué rufián, ni qué...? ¡Dios mío de mi alma! Hable usted más quedo. ¿Qué quiere usted que yo sea ni haga, si desde la mañana á la noche todos me tratan á puntapiés? ¡Mal haya el día en que me echó al mundo mi madre!

Y después de pronunciar esas palabras, permaneció en actitud humilde, como quien solicita ser perdonado.

Miróle Emilio con más lástima que desprecio, aca-

bó de comer apresuradamente, y arrojando la servilleta se dispuso á salir.

El secretario corrió detrás del joven, diciéndole:

—Aunque no comamos juntos, seguiremos siendo, como antes, buenos amigos; ¿no es cierto?

Y como el maestro no contestase, insistió deteniéndole por un brazo:

—Vea usted, para demostrarle mi amistad, le diré una cosa que ha de complacerle.

Emilio se detuvo, como esperando una revelación.

—Le diré—siguió el otro bajando muchísimo la voz,—que en este litigio con la maestra, el Municipio, á mi parecer...

Y después de una pausa, prosiguió con el tono de quien concede mucho:

—Será muy difícil que venza.

Emilio sintió impulso de abofetearlo. Le dijo mirándole con fijeza: «Es usted un payaso.» Y le volvió la espalda.

El secretario, adelantando un paso, le dijo en voz de ruego:

—Vea usted cómo habla.

Pero Ratti, desde aquel día, no volvió á hablarle. En aquella persecución contra la maestra sentíase herido, no solamente en su corazón y en su conciencia, sino también en el egoísmo de su pasión, porque comprendía perfectamente que si bien daba como resultado inmediato ligar más cariñosamente á la maestra sola y acongojada con su amigo único, aumentaba mucho las dificultades para hablarla, y aún así le imponía el deber de evitarlo para no dar pábulo á la maledicencia, sin contar con que mientras la joven estaba tan angustiada, parecía á Emilio poco delicado declarar sus sentimientos. Lo peor era que también él principiaba á sentir los golpes del enemigo. El alcalde había comenzado á recoger entre sus allegados firmas para una exposición en que se reclamaba la separación del maestro y de la maestra, fundándose en el «pésimo ejemplo» que á «la juventud» del pueblo daban. Nadie sabía con certeza que diesen otro mal ejemplo que el de charlar en el terradillo; muy pocos creían que hubiese algo más; los más prudentes afir-

maban que aquella traslación sería justa, pero sólo á medias, por lo que hace á echar de las «Casas rojas» á la maestra señora Vetti, que en realidad, si había de juzgarse por las huellas que dejaba en la nieve el tal maestro de Azzorno, parecía excesivamente hospitalaria. Pero todo aquello servía de entretenimiento á unos y á otros, los cuales entablaban sobre ello interminables conversaciones, que los muchachos escuchaban y repetían.

El maestro echó de ver muy pronto las consecuencias en sus discípulos, en los cuales, además de una tendencia al desorden, motivada por la desigualdad del humor de Ratti, comenzó á surgir cierto sentimiento irrespetuoso hacia él. Una mañana vió, dibujadas con carbón en la tapia exterior de la escuela, dos figuras abrazadas, en las cuales se había pretendido representar á él y á la maestra Galli, con sendos cuadernos debajo del brazo, vió también á varios muchachos apostados para esperarle y notar el efecto que le producía el dibujo. Este descubrimiento despertó su desconfianza, y á cada sonrisa y á cada palabra pronunciada en voz baja, que se cruzaban entre los mayorcitos de la clase, comenzó á sospechar que hablaban de él y de ella. De desconfiado se convirtió muy pronto en iracundo. Dejaba escapar, dirigiéndose á los alumnos, epítetos que nunca habían brotado de sus labios, y que, después de la clase, recordaba Ratti con amargura, arrepintiéndose de haberlos pronunciado. Se apresuró á evitar, casi con repugnancia, todos aquellos asuntos, al tratar de los cuales afluían en otras ocasiones á sus labios palabras de entusiasmo y de afecto, porque comprendía que ahora aquellas palabras no acudirían á su boca, ó adquirirían al salir un sonido falso. Observó, además, que los discípulos mayores, con una penetración increíble en su edad, cogían al vuelo cualquier frase ó palabra que Emilio dijera ó leyese, y que se refiriera, aunque muy remotamente, ó se prestase á un equívoco grosero é informe relativo al amor ó á la mujer, y esta observación tenía al joven en un embarazo constante y fatigoso, que le hacía molesta la escuela y odiosos los escolares. ¡Ah! ¡Cómo y cuánto había cambiado todo!

DE MAL EN PEOR

El altanero continente de la maestra, y sobre todo la firmísima confianza que demostraba tener en su triunfo, exasperaron al alcalde en tales términos, que le obligaron á dar un gran golpe. Una mañana, cuando fué á entrar en su clase, la maestra sintió como una punzada en el corazón: la puerta de la escuela estaba cerrada. El ordenanza del Ayuntamiento, desde la calle, había despedido á las alumnas conforme iban llegando, y estaba ya despidiendo á las últimas. La joven, pálida y temblorosa, le preguntó. El, sin llevarse siquiera la mano al sombrero, le contestó, con su insolente voz de gallo: «de orden superior» y no dijo una palabra más. Regresó á casa la maestra toda turbada, si bien la animaba algún tanto el pensar en la enormidad misma del atropello, que sería remediado seguramente apenas viniese del Consejo de Instrucción pública la orden de anular su cesantía, orden acerca de la cual no abrigaba duda. Aquella misma noche consultó á Ratti, ya bastante más tranquila. Deseaba la maestra escribir inmediatamente al Provisor; pero la aconsejó Emilio, por el contrario, que esperase, para demostrar que tenía confianza en sí misma y completa fe en el Consejo: la joven aceptó estas indicaciones de su vecino. Pero sin decir nada á la maestra, decidió el joven acudir en su auxilio y aún vengarla á su modo, en la forma que ya estaba él madurando